

cerca de la tierra de Yucatan, y que se habia desviado de ella por seguir sus ideas que le llevaban por otros rumbos, y parte por las falsas relaciones que le dieron entónces. El descubrimiento que hizo despues de la provincia de Veragua, donde halló el oro que se buscaba, y que tambien habia hecho de la Florida Juan Ponce de Leon, fueron causa de que se dejase por algun tiempo esta navegacion. Al fin, á principios de este año de mil quinientos diez y siete, como se hallaba la Isla de Cuba en un estado muy floreciente con las acertadas providencias de su Gobernador Don Diego Velázquez, se iban á establecer en ella muchos castellanos, la mayor parte nobles, que se aprovecharon de la licencia que les habia dado Pedrarias para irse á otras partes por la escasez de bastimentos que se padecia en el Darien. No quiso el Gobernador Velázquez perder tan bella ocasion de extender su jurisdiccion; y viendo que los soldados del Darien no querian ocuparse en buscar indios de fuera para aliviar más á los de las islas, y que no convenia tenerlos ociosos, trató con ellos de la conquista de nuevas tierras que aumentasen su gobierno ó que fortaleciesen su isla, llenándola de esclavos que pusiesen á sus habitantes en estado de enriquecerse con el cultivo de sus tierras. Formó, pues, la expedicion que deseaba para algunos

parajes de tierra firme adonde ninguno hubiese ido, con el fin de que poblasen en ellos los castellanos en caso que la naturaleza de aquel país lo permitiese, ó de sacar indios si eran canibales ó caribes, ó á lo ménos tratar con los que hubiese en el rescate del oro si se encontraba. Muchas personas acomodadas, marineros y soldados, se ofrecieron para ir á esta empresa; y uno de los más ricos habitantes de Cuba, y valeroso, llamado Francisco Hernández de Córdova, empenándose en sufragar gran parte de los gastos, fué nombrado capitan de esta expedicion. Compró dos navíos y un bergantin; los proveyó de víveres, y se embarcaron en ellos ciento y diez soldados, siendo los más de ellos los que ya habian militado en los descubrimientos de nuevas tierras, y especialmente en el del Darien, donde sufrieron grandes hambres y trabajos, entre ellos Bernal Diaz del Castillo y Alonso González, clérigo, natural de Santo Domingo, á quien rogaron fuese con ellos para llevar un sacerdote que les dijese misa y administrase los sacramentos. Salió esta armada de Santiago de Cuba, y fué á la Habana para concluir su despacho, de donde partió el dia ocho de Febrero de este año.

Luego que Hernández de Córdova hubo doblado el cabo de San Anton, que cae y termina hácia la punta occidental de la Isla de Cuba, dióle

Anton de Alaminos, su primer piloto, el consejo de tomar el rumbo del Oeste, asegurándole que navegando (siendo muchacho) con el primer Almirante, conoció que siempre se inclinaba á navegar por aquel rumbo. No fué necesario más para fijar la determinacion de Hernández de Córdoba, quien no habia determinado todavía el rumbo que habia de tomar; y despues de tres semanas de una navegacion tormentosa y penosa, se vió tierra. Alegróse mucho el capitan, y acercándose á ella, se vió un pueblo grande, que parecia distante del mar cosa de dos leguas.

Como toda la costa era muy poblada, al instante aparecieron muchos indios, manifestando grande gusto de ver á los castellanos, convidándoles á que fuesen á sus casas; pero esto solo fué un ardid de que se valieron, porque bien presto acometieron á los castellanos que primero desembarcaron, pensando que podian fiarse de la amistad de aquellos bárbaros: quince castellanos fueron heridos en esta refriega.

No andaban desnudos aquellos indios, como los que hasta entónces se habian descubierto, y estaban bastante bien armados. Sus armas defensivas consistian en una rodela y una especie de coraza, forrada de algodón: las ofensivas eran el arco y la flecha, trayendo tambien espadas con navajas de pedernal, lanzas y hondas: tenian las

caras pintadas de diversos colores, y peleaban valerosamente y con bastante orden. Cerca del sitio adonde pasó esta accion habia algunas casas labradas de cal y canto, las cuales eran adoratorios, donde se hallaron muchos ídolos de barro en figura de demonios, de mujeres algunos, y todos representando cosas monstruosas: habia ciertos ídolos que descubrian en su hechura, demasiado indecente, el abominable pecado de sodomía. Se llamó este paraje la Punta de Catocha ó Catoche.

Miéntas se peleaba, el capitan Alonso González entró en uno de aquellos templos y se llevó unas arquillas llenas de estos ídolos de barro y de madera, adornados con medallitas de oro bajo, cintillos, zarcillos y diademas del mismo metal. No se pudo en este encuentro, por la suma agilidad de los indios, hacer prisioneros en su retirada más que á dos mancebos, á quienes despues se les instruyó y bautizó, llamándolos Julian y Melchor, los cuales fueron de mucha utilidad en el oficio de intérpretes que se les dió.

Volvióse á embarcar con toda su gente Hernández de Córdoba, muy contento de su descubrimiento, y siguió su navegacion (costeando) hasta que halló, al cabo de un par de semanas, un pueblo grande á un lado de una extensa ensenada, que los indios de aquel país llamaban

Quimpech, y los españoles la han llamado Campeche, y fundaron despues una ciudad de este nombre. Lo que más le admiró, fué el no haber visto rio alguno en esta costa de tanta extension. Algunos rios señalan nuestros mapas entre la Punta de Catoche y Campeche; pero lo cierto es que hay pocos países tan áridos y tan poco regados como éste, y sus habitantes no beben otra agua que la de algunos pozos que se dice es excelente y regalada. Bebieron de esta agua los castellanos, y al volverse á los navios, vieron venir hácia ellos cincuenta indios vestidos con camisetas y mantas de algodón ó cotones, quienes por señas les preguntaron de dónde venian, y si acaso habian salido de donde aparecia el sol, y los convidaban á que fuesen á su pueblo; pero los castellanos, con lo que les habia sucedido en Catoche, tuvieron por sospechoso este convite, y se limitaron á visitar algunos adoratorios, donde vieron los mismos ídolos y las mismas joyas que en los que habian visto ántes, con la diferencia que en éstos habia señales de sangre fresca y cruces pintadas en las paredes. Luego que entraban en aquellos templos, acudia multitud de indios de uno y otro sexo y de todas edades, sumamente maravillados de verlos, y luego aparecieron dos escuadrones de gente bien ordenada, que traian las mismas armas que los indios de

Catoche: al mismo tiempo salieron de uno de los adoratorios diez de sus sacerdotes, vestidos con mantas muy blancas y largas, con los cabellos negros bien enmarañados y algo extendidos. Llevaban braseros llenos de copal, y zahumando á los castellanos, les dijeron que se retirasen á su tierra, porque de no hacerlo los habian de matar los naturales.

Acabada esta ceremonia, oyeron los castellanos la gritería de los indios y rumor de guerra: temiendo entónces el acometimiento de los bárbaros, á cuya multitud no se sentian capaces de resistir, se fueron retirando á la mar en buen orden y en forma de batalla; y aunque siempre seguidos de escuadrones de enemigos, tuvieron la felicidad de embarcarse sin haber perdido un hombre. Navegaron seis dias hácia el Sud; y despues de haber sufrido un norte que los tuvo á pique de naufragar, fueron á hacer aguada en una especie de ensenada en la costa, y surgieron cerca de un pueblo llamado Potonchan. Hubo allí un gran combate, en el que quedaron muertos cuarenta y siete castellanos; los demás salieron heridos, excepto uno: el capitan Hernández de Córdova, que se expuso mucho en esta batalla, recibió doce flechazos, y no treinta y tres como dice Gomara. Mucho más se engaña el historiador Solís cuando asegura que ese general murió

en dicho combate. Fué al fin preciso ceder á la multitud y dejar los muertos; los heridos tuvieron gran trabajo para llegar á sus chalupas y volverse á embarcar: mayor fué el trabajo y embarazo para la ejecucion de la maniobra que se requería para hacerse á la mar, por estar todos los de la tripulacion heridos. En tan triste situacion no hubo otro partido que tomar sino el volver á Cuba, ignorándose el motivo que tuvo el capitán Hernández para dirigirse á la Florida. Llegaron al mismo sitio donde decia el piloto Alaminos haber estado con Juan Ponce de Leon y que convenia estar con mucho cuidado: allí lavaron los paños para curar á los enfermos, y bebieron con alegría una agua riquísima que sacaron de unos pozos abiertos á toda prisa; y estando para embarcarse, vino un centinela corriendo, que decia á voces: ¡A la mar! ¡á la mar! Y casi al mismo tiempo llegaron muchos indios vestidos de pieles, con arcos, flechas, lanzas y otras armas de su usanza, y acometieron á los españoles: acometieron á la vez la lancha con tal furia, que no obstante la grande resistencia de los marineros, heridos ya cuatro, y Alaminos en la garganta, se la llevaban; pero los españoles resistieron á los indios de tierra y restauraron la lancha con gran trabajo, dando muerte á veinte y dos indios y prendiendo á tres heridos que murieron despues.

El único soldado que no fué herido en Potonchar, tuvo la desgracia de caer en manos de los indios, y por providencia de Dios no perecieron allí todos. Volvieron los nuestros bien maltratados, la proa á la Habana, y tocó la nave en unas isletas de que se lastimó tanto, que por la mucha agua que hacia, tuvieron grandes sustos hasta llegar á la Habana, desde donde Francisco Hernandez de Córdova, despues de haber dado aviso al gobernador Diego Velazquez de su navegacion y descubrimiento, se fué á su encomienda, donde murió de las heridas diez dias despues, y lo más de su gente despues de su llegada á la Habana. En esto paró esta funesta expedicion, que en la sustancia vino á ser inútil y se logró por lo ménos la evidencia de aquellas regiones. Los soldados que iban llegando á esta sazón, aunque heridos y derrotados, como mostraban algunas joyuelas de oro y plata que traían de la tierra descubierta, bajo de ley y en corta cantidad, pero de tan crecidos quilates en la ponderacion, se empeñaron todos á prometer grandes riquezas de aquella conquista. Sobre este poco de oro que vino entónces de Yucatan, algunos no querrán pasar, fundándose en que no le hay en aquella Provincia, ni minas algunas; pero como bien refleja el historiador Solís, no cabe gran dificultad en que pudiese venir el oro de otra parte á Yu-

catan, pues no es lo mismo producirle que tenerle.

Tal fué el primer descubrimiento de Yucatan, península septentrional, situada en los confines de la Nueva España, aunque ántes habian llegado á ver parte de su costa, y el Golfo dulce Juan Diaz de Solís y Vicente Yañez Pinzon, y despues conquistaron gran parte de aquellas tierras el Adelantado D. Francisco Montejo y otros. No van acordes los autores sobre este nombre de Yucatan dado á aquella Provincia, que nunca tuvo nombre general hasta la llegada de los españoles: es de creer que fué formado este nombre de algunas voces de los naturales de este país, pensando los nuestros que significaban el de algun pueblo ó de algun gefe de los indios ó el de toda aquella region. Algunos escriben Lucatán: otros Jucatán, y los más escritores de todas las naciones pronuncian y escriben Yucatán. De cualquier modo que sea, creció por este tiempo la noticia y fama de la riqueza de aquella tierra con lo que referian de ella los soldados que acompañaron á Francisco de Córdoba en su descubrimiento, y parece que el capitan D. Diego Velazquez quedó muy contento y con ánimo de seguir esta empresa.

Año de 1518.—Viendo pues el gobernador Diego Velazquez tan bien acreditado con todos el nombre de Yucatán, no obstante que tenia por su-

perior en aquel gobierno al Almirante D. Diego Colon, quiso determinar por sí en esta ocasion, sacudiendo una dependencia que consistia más en el nombre que en la sustancia, á fin de llevar adelante sus buenos sucesos, que le podian asegurar mayor gerarquia. En consecuencia de sus altos pensamientos, trató de que se volviese á intentar aquel descubrimiento, previniendo el armamento necesario: nombró por capitanes de los tres navios destinados para ese fin á tres hombres de grande reputacion y experiencia, llamados Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo y Alonso Dávila; y por teniente y capitan general á Juan Grijalva, paisano y pariente suyo, como quieren algunos historiadores, y el padre Juan Diaz fué de capellan. Mientras se hacian estos preparativos, el Almirante D. Diego Colon que habia partido para España, y como está dicho, propuso al Rey D. Fernando ántes de su muerte, y despues al gobernador, al cardenal Cisneros lo más conveniente para el mejor gobierno de las islas, y juntamente con el licenciado Bartolomé de las Casas representaba sobre sus agravios particulares y los que se hacian á los naturales de aquellos países que caian bajo de su gobierno. A fines del año pasado de mil quinientos diez y siete se regresó tambien para España Fr. Francisco de San Román, y este año de mil quinientos diez y ocho, en consorcio del

venerable padre Fr. Martin de Valencia, ambos del instituto Seráfico, propusieron al nuevo Rey D. Carlos los más saludables expedientes para la propagacion de nuestra santa fe en las Indias Occidentales, y los medios más oportunos para contener la codicia y tiranía suma que usaba Pedrarias, gobernador de tierra firme. Expusieron estos celosos varones tan sólidas razones, y hicieron tan eficazmente la causa de los indios, que determinó el Rey poner freno á los excesos de este gobernador, y mandó despachar las órdenes más serías para el remedio de aquellos infelices, de modo que en adelante se vió prosperar el negocio de la conversion, y se arregló en mejor forma el gobierno político de aquel continente. (\*)

(\*) Haroldo, Epitom. annal. min. an. 1517, pág. 839, núm. 26.

---



---

## CAPITULO XXVII.

---

SIGUE EL DESCUBRIMIENTO DE YUCATAN QUE COMENZÓ FRANCISCO HERNANDEZ DE CORDOVA, Y SE ENVIA UNA ARMADA CON JUAN DE GRIJALVA: SUCESOS DE ESTA SEGUNDA EXPEDICION: AÑO DE 1518.

Aunque á fines del año antecedente de mil quinientos diez y siete, se juntaron con felicidad para la expedicion de Yucatan (\*) hasta doscientos y cincuenta soldados, incluyéndose en este número los pilotos y marineros, que procuraban todos tener parte en adelantar el viaje, tardaron finalmente en hacerse á la mar hasta los ocho de Abril de mil quinientos diez y ocho. Parece que Gomara

(\*) Esta es la grande expedicion que cita la Bula del Sr. Leon X, por la que erige en ciudad el pueblo de Santa Maria de los Remedios de Yucatan, con título de Carolense; y sobre la ereccion de su iglesia catedral, y las equivocaciones que hay sobre el general que la mandó y otras noticias importantes tocantes á esta primitiva ereccion de este obispado de Campeche, véase el sumario del Compendio Indico del Sr. Rivadeneyra, que está al fin de este tomo I, Bula IV del Sr. Leon X, cap. 3, con su nota, pág. 31.